

# EL OCASO DE LOS SERMONES

No abundan hoy los oradores elocuentes en lo político -y se comprende-, ni en lo forense, ni en lo literario. Lo cual no significa que falten políticos, juristas y escritores de valla. Para una conferencia bien pensada, bueno; pero en cuanto a figuras literarias de importancia, es corta la nómina donde escoger la mantención de Juegos Florales, pórticos de fiestas y proclamación de guapas oficiales. Son ya pocos los pregoneros idóneos -y los actos muchos, pues no hay ciudad o pueblo que quiera quedarse atrás, de modo que vernos siempre a los mismos. Basta atender a la televisión, pero mejor hacia las dos de la tarde, hora en que estas informaciones encuentran benevolencia (y los «spots» publicitarios son más económicos).

¿Y los predicadores? Ahora, en la Semana Santa, me dicen unos cofrades que la dificultad se hace muy patente. Cuesta trabajo encontrar reverendos capaces para un Encuentro o unas Siete Palabras al estilo del país, donde un verbo tonante tiene que ordenar el movimiento de los personajes del drama, además de mover los corazones. Y hay pueblos en que la omisión de estas ceremonias de la liturgia popular, complementaria de la liturgia de la Iglesia, maltrataría el sentimiento de los fieles. Los cambios importantes no suelen ser incruentos. Y el signo de nuestro tiempo, según lo que vemos, es la transformación.

Yo no sé si otros testigos de la historia, quiero decir los de alguna edad antecedente, habrán sentido el cambio con tanta claridad como nosotros. Piénsese, por ejemplo, en quienes nacimos -nos nacieron- cristianos y monárquicos, párvulos en la escuela que por pereza llamaban aún del Rey y era de la República, estudiantes de bachiller en textos impresos con urgencia en Burgos y Salamanca, ya un poco más que maduros cuando el contraste de pareceres. No; no parece que sea presunción el subrayar nuestro privilegio -si es un privilegio- de espectadores de una transición increíble. Uno ha acompañado más de una vez, como monaguillo, al fraile que se acercaba al púlpito para predicar casi como en calendas del Padre Isla, el creador de Fray Gerundio: si no con la letra del «Alfanje apostólico», la «Trompeta evangélica» y otros sermonarios, así con parecida música. En una villa o ciudad no muy grande, que es por donde anduvo el adolescente que fui, venía de perlas la sentencia de que nadie es profeta -o sea, predicador- en su propia tierra. Los clérigos locales, por bien que lo hicieran, carecían de ese halo de lejanía que tanto favorece a muchos aspectos del arte. O sea, que la predicación solemne de las fiestas mayores era confiada siempre a

forasteros. Había, pues, un censo no escrito, pero suficientemente sabido, de preclaros cultivadores del género. El predicador llegaba, y lo primero que hacía era enterarse del gentilicio del lugar. Los pueblos son muy sensibles a que nombren a sus habitantes como es de ley, lo mismo que ahora se cultiva en sociedad el emplear el nombre de pila con quien hasta hace un momento nos era desconocido. A los de Villafranca, por ejemplo, les parece muy mal que en vez de villafranquinos nos nombren villafrancanos. Luego eran ya los recursos del caso, casi siempre terminando en un postrer arrebatado donde la asamblea, por instinto aguzado en la experiencia, entendía que la llamaban a caer de rodillas. Yo conocí a una criada de casa devota que sin la menor intención irreverente acertaba el momento preciso («ahora empieza a enfadarse») y salía sigilosamente a preparar la cena. Por algo el pueblo, sagaz en las cosas del lenguaje, a la palabra sermón le otorga también el significado de amonestación, reprimenda, regaño...

Y el ministro testigo de hace tan poco, apenas rebasado el medio camino de la vida -no según el Dante, por la estadística-, no es raro que tropiece con novedades eclesiales desconcertantes, cosas que cómo las hubiésemos pensado, excepciones que confirman la regla... Con el consuelo, esto sí, de que el dogma no se mueve, que sólo cambia lo que puede cambiar.

Ciertamente, discursos seguiré habiendo para la enseñanza de la buena doctrina religiosa, para la exhortación a la virtud o para la enmienda de los vicios. Lo que quizá no haya es sermones «de aquellos». Conozco una pequeña ciudad donde el tiempo pasa como nubes altas y despaciosas. Y voy a ver si con uno de esos chismes de ahora recojo una reliquia que me agradecerán mis hijos. «¡Suene el clarín...!»

**Antonio PEREIRA**